

## AGENDA CIUDADANA

### UNA MORAL DISTINTA PARA CADA ORILLA DEL ATLANTICO

Lorenzo Meyer

**Moralidad Selectiva**.- Es una historia vieja: las grandes potencia tiene muchas varas para medir y en cada caso usan la que mas les conviene.

Son notables tanto la sensibilidad como el nivel de indignación moral –y de acción militar-- conque han reaccionado los líderes de los países que forman la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) ante la brutalidad empleada por la maquinaria militar de Servia a las órdenes de Slobodan Milosevic para “resolver” el problema albanés en la provincia de Kosovo. Sin embargo, hay que convenir que se trata de una sensibilidad y de una moral muy selectivas o de reciente adquisición. En efecto, por treinta años en nuestro continente otro ejército, el guatemalteco, se empeñó en llevar a cabo una lucha contra las comunidades indígenas de su país no muy distinta en su esencia de la que hoy siguen el ejército y la policía servias contra los kosovares. Sin embargo, esos mismos gobiernos que hoy están dispuesto a destruir la maquinaria militar servia que viola los derechos humanos, atacando desde el aire día y noche a Yugoslavia, por treinta años apenas si susurraron uno que otro reproche a los presidentes y generales de Guatemala. Para todo propósito práctico, los Estados Unidos no sólo condonaron sino que apoyaron al gobierno de Guatemala con pleno conocimiento –y así lo muestran algunos documentos secretos norteamericanos hechos públicos hace poco— para que llevara adelante un tipo de genocidio muy similar al que hoy dicen que pretenden detener bombardeando Belgrado, Pristina o Kosovo.

En marzo de este año, en sesión solemne en la ciudad de Guatemala, ante el

presidente de la república y los miembros de su gabinete, incluido el secretario de Defensa, la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH) –creada en virtud de los acuerdos del 23 de junio de 1994, firmados en Oslo, Noruega, como parte del proceso de paz, por los representantes del gobierno guatemalteco y de la insurgencia de ese país--, dio a conocer el resultado de su trabajo de investigación de varios años en: Guatemala, la Memoria del Silencio, (Guatemala, 1999). Se trata de un documento con pocos antecedentes, si es que algún, en nuestro continente, y que contiene lecciones útiles no sólo para los guatemaltecos sino también para esas grandes potencias que hoy justifican llegar al extremo de bombardear a Yugoslavia justamente como forma para castigar a un líder autoritario y evitar un genocidio. Desde luego que también contiene lecciones para los mexicanos, sociedad y gobierno.

Al contemplar las escenas de violencia que hoy tienen lugar en los Balcanes, se confirma que una vez pasada la guerra fría, Europa está de regreso a lo que siempre le ha caracterizado como civilización: a la guerra entre sus componentes, sean estas naciones o etnias. Si entre 1945 y hasta la desaparición de la Unión Soviética Europa vivió en la paz de la “guerra fría”, ello se debió, en parte, a que otras regiones del planeta --Asia, África y América Latina--, sirvieron como válvulas para desahogar por la vía de la guerra caliente, la enorme tensión existente entre Occidente y la Unión Soviética en el continente europeo. La peor parte de esas “salidas de presión” la llevó Asia –Corea, Vietnam, Cambodia— pero en nuestro hemisferio, Centroamérica y El Caribe, sufrieron por las mismas razones. Y el ejemplo más dramático de esa violencia de la guerra fría transformada en guerra de fuego y acero en la periferia del sistema internacional, fue Guatemala.

**Para Curar, Reabrir la Herida.**- A veces, las comunidades, como los individuos, necesitan volver sobre sus pasos y recrear cuidadosamente los eventos que produjeron un hecho traumático, para así comprenderlo plenamente y poder superar sus efectos negativos de largo plazo –miedos, fobias, desconfianzas, inseguridades-- que persisten y amenazan con impedir la construcción de un futuro mejor. Ese es el mecanismo que el psicoanálisis pone en marcha en un individuo y es el que también buscan activar al nivel de la conciencia colectiva las llamadas “comisiones de la verdad”. Se parte del principio que el conocimiento de la verdad sobre grandes actos de inhumanidad ocurridos en Guatemala –y, para el caso, Sudáfrica, El Salvador, etcétera-- dignifica a las víctimas y a sus deudos porque hasta ese momento su pasado ha sido manipulado y degradado por quienes fueron sus verdugos. Estos últimos, por su parte, quizá pueden recuperar algo de su humanidad perdida y de la dignidad a la que ellos mismos renunciaron, si públicamente reconocen la profundidad de su crimen. El objetivo es arribar a la reconciliación nacional. En cualquier caso, la CEH señala que el supuesto básico de llegar a la reconciliación por la vía de descubrir y exponer un pasado vergonzoso es una mera hipótesis, pues “nadie puede asegurar si el inmenso desafío de la reconciliación a través de la verdad puede ser enfrentado con éxito”.

**La Verdad.**- De 1962, fecha en que se inician las actividades guerrilleras en Guatemala hasta la firma el 29 de diciembre de 1996 del Acuerdo para la Paz Firme y Duradera entre el gobierno y sus oponentes armados, la CEH considera que alrededor de 200 mil personas perdieron la vida como resultado de una política de violación extrema de los derechos humanos. Se trata del equivalente al 2% de la población

existente en ese momento, y a la que hay que agregar los cientos de miles que, sin perder la vida, fueron permanentemente afectados por haber presenciado ejecuciones y torturas públicas, por la pérdida de familiares y amigos, por los desplazamientos forzados de comunidades enteras, por tener que experimentar el miedo producto del terror como sensación cotidiana.

La CEH declara responsables en un 93% de esa violación masiva de los derechos humanos, a los aparatos del Estado: ejército, policía y paramilitares. A la insurgencia, que dentro de la definición de la CEH también es una fuerza política organizada y a la que se puede responsabilizar de ataque a los derechos humanos, se le adjudica el 3% de la violaciones y no se pudo identificar con exactitud al 4% restante.

Examinando al detalle una parte representativa de ese enorme universo de víctimas –a 42,275, para ser exactos-- a lo largo de varios años de intensa labor en toda Guatemala, el equipo de la CEH –encabezado, para facilitar su objetividad por un alemán, Christian Tomuschat, con personal reclutado en Guatemala y en 30 países más y con financiamiento tanto del gobierno de Guatemala como de otros trece países, en su mayoría europeos-- llegó a la conclusión de que en la política represiva del ejército guatemalteco hubo no solo un desprecio sistemático por las normas jurídicas y por los principios básicos de la ética, sino también un claro componente racista, pues el 83.33% de las víctimas –asesinados y desaparecidos- fueron miembros de las varias comunidades mayas que desde tiempo inmemorial habitan en el país vecino del sur. Hubo una coincidencia más: el grueso de las víctimas, además de ser mayas, eran habitantes de los departamentos donde los indicadores de marginalidad social eran –y

son-- los más altos del país.

Como en los casos que hoy horrorizan a la opinión pública mundial en Kosovo, la política de anticomunismo radical en Guatemala, no se detuvo ante ninguna consideración de orden moral y encontró a sus víctimas no sólo entre hombres adultos sino también entre mujeres y niños. Si en Guatemala no hubo una política de “limpieza étnica” si hubo lo más cercano a ella: una política de desplazamiento sistemático de cientos de miles de campesinos mayas de sus localidades en las regiones más pobres para cortar de tajo el sustento social de la insurgencia y crear un atmósfera de terror que no era inferior en nada sino, en dado caso, superior, a la que ha creado Milosevic y su aparato policiaco en todas las regiones no servias de la antigua Yugoslavia. Entre 1981 y 1983, dice el informe de la CEH, el ejército de Guatemala identificó a las poblaciones mayas como el enemigo interno –según las tristemente célebres teorías de la seguridad nacional, apoyadas y difundidas por Estados Unidos-- y actuó en consecuencia, sin aceptar ningún límite legal o ético en su empeño de eliminar las bases sociales de la insurgencia.

**Extrema Crueldad.**- En el entrenamiento del ejército guatemalteco, y siempre de acuerdo a la CEH, se puso especial énfasis en lograr que sus integrantes desarrollaran una disposición para convertirse en agentes capaces de actos de “máxima crueldad”. A los *kaibiles*, la fuerza contrainsurgente más terrible dentro del ejército guatemalteco –y cuya presencia en México ahora, como asesores de nuestro ejército, se sospecha y se teme— se buscó convertirlos, según confesión de sus superiores, en “una máquina de matar”. La máquina que se necesitaba para crear y mantener el clima de terror que la estrategia política contrainsurgente del gobierno

guatemalteco, requería.

Las torturas y ejecuciones públicas, arbitrarias, enfrente de familiares y vecinos, se hicieron parte de la rutina de la guerra contrainsurgente. La violencia en contra de las mujeres –justamente como la que se ha documentado y difundido de tiempo atrás en Yugoslavia— según señaló en una entrevista posterior a la entrega del informe el propio comisionado Tomuschat, tuvo como objetivo humillar en extremo para hacer perder su cohesión a las comunidades mayas. La tortura como procedimiento para recabar información y difundir el terror, se institucionalizó casi desde el principio. La destrucción física de los poblados y los bombardeos a comunidades que iban huyendo para cruzar la frontera hacia México –justo como actúan hoy los serbios con los pueblos y las columnas de albaneses que buscan llegar la frontera con Albania y Macedonia tras la destrucción de sus casas— no fueron casos aislados sino acciones sistemáticas.

**La Causa.** El estudio de la CEH deja en claro que la naturaleza excluyente del sistema económico, social y cultural guatemalteco, esta en la raíz de la “solución” militar que los beneficiados históricos de ese sistema buscaron dar a las demandas de reforma que se les plantearon desde la izquierda a mediados del siglo. Ese pequeño núcleo concentrador de la riqueza y del prestigio en Guatemala hizo del Estado el instrumento principal para mantener la exclusión social y política de las mayorías, y del ejército –tras purgarlo de las influencias progresistas que se manifestaron en la institución en los años cincuenta-- el medio conque ese Estado buscó neutralizar todo intento de reforma. El anticomunismo fue el manto conque se pretendió cubrir de legitimidad lo que era simplemente un esfuerzo brutal por prolongar en el siglo XX, las

estructuras de siglos anteriores. La lucha armada de los excluidos fue la alternativa a la injusticia institucionalizada.

**Se Sabia**.- Nada de lo que ha documentado la CEH era desconocido para los guatemaltecos ni para los países que tenían interés en Guatemala. Los documentos y las entrevistas muestran que los agregados y los asesores militares de Estados Unidos sabían bien lo que los militares guatemaltecos hacían, como y en donde se llevaban a cabo actos masivos de violación de derechos humanos como los que ahora Estados Unidos y sus aliados dicen castigar en Yugoslavia.

En su viaje a Centroamérica en marzo pasado, el presidente norteamericano William Clinton –al que hay que reconocerle su disposición a abrir parte de los archivos de sus servicios de inteligencia para que la CEH los examinara--, pidió disculpas por el papel que Estados Unidos jugó en el drama guatemalteco y centroamericano en general; para el grueso de la opinión pública norteamericana, el gesto pasó desapercibido. Frente a la magnitud de lo ocurrido al sur de nuestra frontera, esta respuesta ha resultado muy menor y, en cualquier caso, la violenta reacción de la OTAN ante las violaciones de los derechos humanos en la actual de Yugoslavia, pone de manifiesto que la doble (o múltiple) moral se mantiene como la característica central de la ética de los fuertes en el sistema internacional.

Para los mexicanos, que aún tenemos muchos desaparecidos sin explicar, muchos archivos por abrir y aún por hacer una comisión de la verdad digna de ese nombre, la lección de Guatemala es de un valor incalculable.